

JUAN SOSA SUAREZ

PALPADA MELODIA

(POEMAS)



ST

BIG

308

66

PALENCIA

1988

Nace en Gáldar (isla de Gran Canaria) el 8 de Marzo de 1904. Hecha la enseñanza primaria fue llevado a Las Palmas donde hizo los primeros años del Bachillerato. Desde los 15 años empezó a colaborar en los diarios del Archipiélago y en los diarios madrileños EL SOCIALISTA y EL HERALDO. Asimismo ha colaborado en las revistas poéticas insulares "La Atlántida" y "Hespérides", ya desaparecidas, y en "Gánigo" y "Azor", que se publican en Santa Cruz de Tenerife y Barcelona, respectivamente.

En 1935 publicó "La primera estrella", ensayo autobiográfico y rebasado el bache de nuestra guerra civil, dio a la estampa, en 1951, "La luz baja del cielo", libro de poemas, al que siguió la novela corta, "La Alianza", en 1954, y, recientemente, en 1967, su última producción literaria, "Crónicas y Narraciones", que obtuvo un clamoroso éxito de crítica.

Su formación literaria es autodidacta.

Actualmente colabora en EL UNIVERSAL, de Caracas, y lleva una sección fija con el título de TERTULIA CANARIA y firmada con el pseudónimo de BELARMINO, en el diario EL ECO DE CANARIAS, que ve la luz pública en Las Palmas de Gran Canaria.

FONDO
José Miguel
Alzola

PALPADA MELODIA



JUAN SOSA SUAREZ

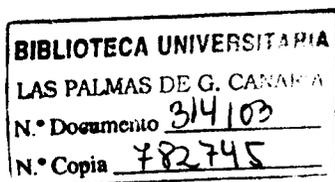
PALPADA MELODIA

(POEMAS)



66

PALENCIA
1968



NÚMERO 66 DE LA
COLECCIÓN ROCAMADOR
PALENCIA

AL CIUDADO DE
JOSÉ MARIA FERNÁNDEZ NIETO

JUAN SOSA SUÁREZ

*No ambiciono celestes claridades.
Me conformo con mi lúcida niebla.*

J. S. S.

*Quien tuviera hoy aquella hermosura
o antes el amor de agora.*

Fray Luis de León

Al buen escritor e investigador
canario, José Miguel Acosta,
y buen amigo, estos versos, con
sentida dedicación,

Juan José Acosta

A modo de pórtico

Juan Sosa Suárez es un poeta canario, anclado en la melancolía de un pasado de experiencias isleñas. El ayer, el hoy y el mañana son los tres ejes giratorios de su ambientación humana, alrededor de los cuales gira constantemente su temática empañada de un lirismo en el que la afectividad, el impacto cordial se hacen sustancia misma de su poesía.

Porque el poeta isleño, o se proyecta hacia fuera, universalizando su mundo interior o por el contrario se adentra en sí mismo, enriqueciéndose de una espiritualidad de carácter centrifugo.

Ya de principio el poeta quiere

"poner humildemente sobre el papel el llanto del corazón..."

porque Sosa Suárez es un poeta a quien le araña y le desgarran el paso del tiempo que se espesa y se cierne sobre la vida con más fuerza en el breve contorno humano, vital y aun geográfico, de unos caminos limitados por el mar,

Toda su poesía es una constante añoranza de lo pasado que cuando se hace presente ya es mañana

"El niño aquel, hoy tan lejano,
en los días de abril jugando a lluvia..."

El poeta presiente la noche y es entonces cuando adivina más próximo a Dios

"Mas, al llegar la noche, mudo, ciego,
encontré sus estancias sordas, muertas.

.....
¡ Volver a Dios ! ¡ Oh, arcángel que regresas !
Si resucito al fin, ¿ qué muerte lloro ?"

La sensación del incuestionable paso del tiempo se hace nervio sustancial de la poesía de Sosa Suárez y hay como un constante temblor de fugacidad en sus versos conmovidos siempre por una autenticidad que contagia:

Pasará otoño, estío. . Vendrá invierno
Y helado el corazón, ay, será tierno
soñar la fuga azul de sus violines...

A esto se llama melancolía. Pero no una melancolía presentida y literaria de poeta que empieza sino melancolía y añoranza sentida de hombre maduro que canta con dolor el acabamiento de su propia carne.

Y como reiteración de esa obsesiva fugacidad de la vida que el poeta acepta con serenidad, a la manera manriqueña, la referencia a la noche que es final y punto de llegada aun humanamente salvadora:

"Noche del alma hallada en la espesura,
noche de claridades sosegadas.
Noche serena, sueño de ventura,
pentagrama de eternas alboradas.

Todo el desencanto de la vida afluye a sus versos finales en los que el poeta manifiesta, humildemente, su impotencia vital y de una manera concreta y estremecedora en aquellos dos versos finales de uno de sus últimos poemas:

"Mi carne es sólo un ritmo enmudecido"

.....
"Para cantar no sirvo : sirvo para estar muerto..."

Es curioso comparar la angustia vital que se manifiesta en los poetas que comienzan a asomarse a la poesía y que está como aprendida de los libros y que rastrea el "estilo" y "la temática" de moda de poetas anteriores y que por tanto huele a postura literaria más que emanación auténtica de vida, con esta desazón, con esta angustia serenada y teñida de aceptación y de conformidad de un poeta que como Juan Sosa Suárez tiene una edad más que suficiente para sentir todo ese paso del tiempo, toda esa angustia de la prisa existencial que en todo momento se nos muestra auténtica y sentida.

JOSE M.^a FERNANDEZ NIETO

POEMAS

LABRO mi verso como se ara un campo,
como quien se remonta a un cielo inaccesible.
Convoco nombres, sueños, esperanzas,
y los voy esparciendo semillas de mi ensueño.

Y, al alba de otros días, al sol de venideros
instantes más hermosos o tristes, voy pensando
si en un lejano otoño, del brazo de otros sueños,
no iremos recogiendo,
en la luz de otros ojos, en la fe de otras manos,
el grano que con lágrimas sembramos en el tiempo.

A Domingo Velázquez

PORQUE vemos las cosas, no en su fluir constante
sino por separado, como piezas distintas,
o porque nunca vemos, secretamente unidas
las auras, las tristezas, decimos : hoy, mañana...

Si miramos el río bajo un sol que declina,
descender como copos los pétalos del frío,
o cuajarse de trinos, de aromas, los laureles,
suspíramos soñando que ha de llegar mañana,
sin pensar que ya es parte de mañana ese anhelo.

Porque soñar es puro, prolongado desvelo
a lo largo de un hondo, suspirado camino.
De olvidada armonía un perfume remoto.
De pálida memoria un paisaje encendido.

El azul que anochece, la campana que evoca
cielos desvanecidos, el alma, los recuerdos
que llegan de puntillas de lejanos contornos,
la luz de aquella historia que de pronto enmudece.

...Porque todo parece como un acto que empieza
(esa flor que en el sueño rompe a hablar y nos llama,
y nos besa doliente, y nos alza hasta el cielo,
y nos llora, y nos canta, y nos mece, y nos nombra
con los labios de cera de las trémulas vírgenes),
o porque todo fuera como un acto que acaba,
miramos nuestra mano, nuestra huella, y decimos :
Sólo hay sueño, y camino, y tristeza en el alma.

PASARON sorprendidos tus asombros.
Llegabas a la Isla de improviso,
con tu cielo de Avila, los gozos
de tu antigua, magna y jubilar Castilla,
y tu Palencia, allá, donde Victorio
el sueño de la piedra eternizara.

Fernández Nieto, José, inesperado
viajero con el alma de España a tus espaldas,
en hospedaje y fe, desde el Atlántico
te va mi corazón, desde esta orilla
por ti pisada ayer, luego añorada,
te envío esta canción, acompañada
no sé bien de qué flor o de qué olvido.

Ah, tu carta, tu carta, clara y buena
como un bello romance de sorpresas :
"No sé, porque he cogido extraordinario
cariño a lo canario y no me explico...

.....
Vuelvo de Francia a donde había llevado
a estudiar a mi hija de dieciséis abriles...

.....
Quisiera conocer los versos tuyos,
los de vuestro Tomás y don Alonso..."

Poeta palentino, Nieto amigo :
¿Cruzó tu alma,

golondrina unas horas, sobre el puente
de la isla encantada y sorprendida?
Y al final de tu carta, tu promesa,
clara, concisa y bella :
"Volver a ver el mar de vuestra isla.
Oír vuestra canción, esa palabra
—orilla, cumbre, poesía, niebla—
oliendo a corazón y a lejanía".

Hasta que te conteste, junto a tu carta he puesto
tu "Trébede" fragante, y unas rosas.

VOY a ver si consigo escribir estos versos.
Creedme que he pasado la noche entera en vela
buscando las palabras, pensando extrañas cosas
que pudiera deciros.

He pasado así tantas, irremediables noches,
años quizá, montañas de siglos si queréis,
tratando de encontrarme, de encontrar hermosuras,
sorprendentes verdades que contar a los hombres.

Sin ser aún de día claro me he levantado
y me he puesto a escribir por ver si lo consigo.
/ Poner humildemente sobre el papel el llanto / —
del corazón como sencilla cosa.

He salido al camino vagando antiguas penas,
buscando bellas músicas, ardientes soledades,
rosas inexistentes, arroyos que no corren
de tan seca mi fuente.

He gritado a la tierra y a los bosques insomnes
clamando al hondo abismo y a las sordas estrellas
piedad para los hombres,
necesaria compasión de uno mismo.

Escribirlo quisiera con palabras bien claras.
Inventar claridades conmovidas y unánimes
que sean como espadas o suspiros de un arpa.
No es tan fácil escribir el poema.

Hemos de desgarrarnos de arriba abajo el alma,
gritar sobremanera, escupir la tristeza,
y hasta llorar un poco.

Ensayar esa música que ha de encantar a todos,
humanos y sencillos, dulcemente sentados,
frente a mi, como apóstoles.

Creedme que he buscado lo más remoto y bello,
algún mágico cuento, luminosas
verdades que contaros,
la música de fondo
del olvidado corazón que se tiene.

Algo como si fuera el "ballet" de una pena,
el arco de violín de nuestro sufrimiento,
el pincel que refiera los más nítidos cielos,
algo como exponer el alma
para que todo el mundo la contemple.

ME entiende, creo, el hombre si le hablo
con sencilla palabra, si le digo :
"Ventana, pan, amor", o : "Estoy
entoldando mi casa con nostalgias".

Y si le miro, creo, porque él sueña
que quizá mis palabras,
si me salen de pronto, confundidas,
tal vez avergonzadas,
es porque se me quedan, como un llanto,
cortadas en el alma.

Entonces nos miramos y entendemos,
fundidas en amor nuestras palabras,
que poco o nada queda por decirse
si todo ha sido hablado y no hay remedio.

"¿Te acuerdas, dime, de aquel sueño?"

Es cuando se repliegan a la fosa
de enterrados recuerdos los fantasmas
y echamos mano de los claros
espejos que nos miran, que nos hablan.

"Casi estás como un viejo. ¿Y tus chiquillos?
¿Fueron al cuartel ya? ¿Se te han casado?"

Pensamos con tristeza en las alondras,
en las dulces gaviotas de la infancia.
El puerto con sus mástiles alzándose
como pinos azules de los mares.
El niño aquel, hoy tan lejano,
en los días de abril jugando a lluvia.
O aquella lágrima primera
que sentimos caer sin saber cómo.

Es cuando nos miramos y entendemos
que todo ha sido hablado y nada queda
ya por decirse.

¿Nos quedamos,
sin rosas ni violines en el viento?

A José Jurado Morales

MANO a mano sentados en un bosque
al filo de un camino que era puro
cielo.

Tu libro palpitando.

Con él quise sentarme, estar contigo,
poeta de la nieve y de los sueños.

"Comprendo, dices, pero espera".

Y, luego, contestando
al leve personaje a quien escribes :
"Imagino
lo que debió de ser tu sufrimiento,
grande para una niña..."

*procuraba
imaginar el pelo azul, los dulces ojos,
la vida ya marchita de esa infante,
la historia conmovida que relatas.*

Como quien cierra o tapia una ventana,
he doblado la página un instante.

Oh, Boris Pasternak, cómo comprendo
la triste melodía de tu mundo.

Así, donde nos dices simplemente :

”Y el hombre mira ahora en torno suyo :
en el momento de irse, ella
dejó todas las cosas en desorden,
en todos los cajones de la cómoda”.

Llevé tu libro a la velada
aquella noche y nos pusimos a leer,
a pensar en tu vida, en tus zozobras,
en la lenta vejez de tus adobes,
en las islas azules que te faltan,
en el lejano sol donde nos sueñas.

OH, sol, que nunca dejas de calentar la yerba,
al pobre ni al caído les niegas tu limosna
y das a la simiente, a la nube y al río
la sangre de tu fuego, viejo arcángel del mundo.

Oh, sol de cada día, lentamente ascendiendo,
oreando, besando los fríos camposantos,
sin cansarte, soñando volver a la siguiente
mañana como un mozo de la vida a tu oficio.

Semillas de esperanza sobre el mundo sembrando.
Iguales corazones de color y de sangre.
Desde tu solio eterno, con tu ejemplo, enseñando
que la tierra, los hombres y el dolor son los mismos.

Dulce sol de los tiempos, fuente de corazones,
amigo de la vida, maestro de verdades,
unos todos los hombres, como el alba y la espiga,
como la luz y el pájaro, el ataud y el céfiro.

Oh, sol de media tarde, que mis fríos abrigas,
la viña que madura, la sangre que se huela,
mi tardanza, mi olvido, mi derribada sombra,
haz que se vuelva blanca la triste rosa negra.

A Chona Madera

PODRA del Sol faltar la luz un día,
su carro azul parar la primavera,
mas, siempre será en el alma aquella luz
como una flor en el jardín del viento.

Ah, mi canción, oscura como un llanto.
No busquéis en mi música protestas ni clamores.
Soy un cielo sin trueno, camposanto sin cruces,
el fétido perfume de una rosa maldita.

SONETOS

I

A María Rosa Alonso

¿QUE pálida ceniza mis desiertas
claridades cegó? ¿Quién prendió fuego
a las murallas de mi casa y, luego,
qué vendaval abrió todas sus puertas?

¿Qué destalló mi gozo? ¡Cuán abiertas
dejó sus celosías mi sosiego!
Mas, al llegar la noche, mudo, ciego,
encontré sus estancias sordas, muertas.

Despavorido busco entre las ruinas
restos de fe, de amor, alas divinas
que me saquen del antro donde moro.

Ningún aliento aviva mis pavesas.
¡Volver a Dios! ¡Oh arcángel que regresas!
Si resucito al fin, ¿qué muerte lloro?

II

A E. Gutiérrez Albelo

ERA una brizna tan sutil su vida.
Y ya era oro el sol en su cabello.
Y música y canción y azul destello
la serpentina de su risa henchida.

Pero era ayer. Ayer... Cómo convida
el ayer a soñar. ¡Oh, rincón bello,
nostalgia en flor y trémolo de aquello
que el tiempo dejó atrás, paloma herida!

Deshojarán los ángeles sus alas.
Un día Amor tendiendo sus escalas
hará diana en la flor de sus mastines.

Pasará Otoño, ¡Estío... Vendrá Invierno.
Y, helado el corazón, ay, será tierno
soñar la fuga azul de sus violines.

III

¿QUE buscaban tus ojos en la noche?
¿Qué encendía tu boca arrebolada?
¿Qué edén, nunca encontrado, enajenada
suspirabas en faústico derroche?

¿Qué senda florecida, qué morada
o dulcísimo bien? ¿De qué reproche,
alocada, vencida, en raudó coche
huía tu ilusión desencantada?

Amor... Siempre fue así. Pálida tarde,
trino roto de alondra, fuego que arde
en silenciosa espera consumido.

Como la primavera de la rosa,
que, asomada al abismo, temblorosa,
en su abandono es beso y es olvido.

IV

NOCHE del alma hallada en mi espesura,
noche de claridades sosegadas.
Noche serena, sueño de ventura,
pentagrama de eternas alboradas.

Qué alivio si con éxtasis contemplo
tu pautada, perfecta arquitectura.
De la casa de Dios bóveda o templo,
asómate, gusano, a su hermosura.

Regalo portentoso de mis ojos,
déjame que descanse mis enojos
en la dulzura que en tu seno anidas

y que la noche de mi noche oscura,
bañe en tu fuente su ceguera impura,
noche serena que a soñar convidas.

OTROS POEMAS

AL pie de la colina, de siglos rodeada,
qué aterrador silencio rebosan sus murallas.
Alineadas cruces velan su salón triste,
palacio al que jamás se acerca la alegría.

Rincón de los olvidos,
de marchitadas rosas y ausencias habitado.
Estremece la idea de unas lívidas manos
preludiando en tu piano la canción de la muerte.

Ciudadela con sólo la torva compañía
de taciturnas cosas : Algún pájaro errante,
el réquiem de tus vientos, tu lluvia innecesaria...

Sobre los campos en flor atardecidos
cruzan alondras, oh cipreses, cantando
el último beso del sol a la vida.

EN la distancia
el alma
no sabe qué contempla,
si su puro principio, si el espejo
de su cuna de arrullos desvaídos.

Primer sueño nacido a la esperanza.
Primer paso emprendido a la intemperie
del mar y de las rosas
o tarde incierta
de arribada a un crepúsculo sin alba.

Estrenando sorpresas,
virginales asombros,
abriéndose la rosa de la vida
se hizo el hombre al camino,
peregrinó tormentas, simas, sueños,
desfalleció a deshoras,
cantó sobre su piedra
o sentóse a llorar sobre sus penas.

Y vio su muerte pura, su acabarse
entre nubes de olvido, derrumbarse
en luz y eternidades su cal viva.

A mi madre, en su muerte

DESDE la madrugada de tu rosa
a la puesta de sol de tu suspiro,
cuántas espinas, ay, reflorecidas
en la página en blanco de las horas.

Y todo, ahora, menos que una vida,
que un año, que una huella, que una sombra.

Amanecer sorpresa de tu asombro,
como un siglo de ayeres, como una
inesperada floración de olvidos.

Amanecer... Tal quise ;
pero sin conseguirlo.

Nunca mi prisa
logró llegar a tiempo.

Siempre lo lejos lejos de mi alcance.

Y cuando un día llego a la hora en punto,
oh, corazón, ¡ qué tarde !

CANTAR... Cantares que no tengo.
Negro jardín sin flores y sin nidos
de compasivo fuego silenciado.

Ebria de azul cantar quisiera mi alma
todos los cánticos, alzar hasta los cielos
como una tempestad de gritos y de luces
todo cuanto hay en mí de música perfecta.

Pero no tengo voz ni aliento aunque quisiera
mis canciones sembrar, ser de Dios lira.

Mi carne es sólo un ritmo enmudecido.

Para cantar no sirvo ; sirvo para estar muerto.

DE dioses fue resucitar cenizas.
Mas somos polvo y nunca ya podremos
abrir como unas alas, volar hacia el pasado,
sentarnos sobre el muro de aquella antigua infancia
reconstruir las cosas que ayer nos encantaron.

Tumbarnos sobre el césped, volver a ser aquellos
a quienes, una a una, como a un árbol las hojas,
del alma nuestras dichas se fueron desprendiendo.

Ah, Dios, si se lograra salir como llegamos.
Atravesar el puente de la muerte dormidos.
Cerrar los ojos,
Cerrar los ojos... abrirlos nuevamente.

Y ver que es Dios la luz que nos despierta.

MANOS que me ayudáis a levantarme,
izar la vela azul y echar la carta al viento.
Manos con que abotono mi tristeza,
enhebra una esperanza mi alegría.

Manos que me llevaron dulcemente
cuando niño y sin fe fui por el mundo.
Manos, ceniza ya, ahora dormidas,
todavía mi sangre repitiendo.

Manos en que apoyarme ya cansino,
en la postrera tarde de mi viaje.
Hermanas, compañeras manos mías,
para abrir ventanales al olvido.

Manos blancas, rugosas, deshuesadas,
naves como sin rumbo, alas caídas,
para escribir recuerdos, sombras, días,
para encender tinieblas...

Sedme fieles,
de mi vida al doblar la última hoja.

A Mercedes G. de Linares

CADA día un montón de afanes nuevos
¿ Vendrá a vernos la ilusión que soñamos?
Abrimos la ventana y sólo pasa el viento.
Y de nuevo otra noche se cierne sobre el alma.

Borramos aquel nombre y el nombre permanece.
Si cerramos los ojos queda otra luz por dentro
encendiendo otros nombres que ya no recordamos.
Es tarde y nos vestimos para salir al viento.

Vamos sin saber dónde, borrando las estrellas.
Borrando aquella fecha, olvidando aquel beso.
Abriendo ventanales a nuevas esperanzas.
Una a una apagando las últimas candelas.

INDICE

	Págs.
Labro mi verso como quien ara un campo	11
Porque vemos las cosas, no en su fluir constante	12
Pasaron sorprendidos tus asombros	13
Voy a ver si consigo escribir estos versos	15
Me entiende, creo, el hombre si le hablo	17
Mano a mano sentados en un bosque	19
Oh, Sol, que nunca dejas de calentar la yerba	21
Podrá del Sol faltar la luz un día	22
Soneto	25
Soneto	26
Soneto	27
Soneto	28
Al pie de la colina, de siglos rodeada	31
En la distancia	32
Desde la madrugada de tu rosa	33
Cantar... Cantares que no tengo	34
De dioses fue resucitar cenizas	35
Manos que me ayudáis a levantarme	36
Cada día un montón de afanes nuevos	37

Colección ROCAMADOR

Al cuidado de José María Fernández Nieto

LIBROS PUBLICADOS

1. *Navanunca*, Juan José Cuadros.
2. *Diálogo a una voz*, Rafael Palma.
3. *Tristeza, amor acaso...*, Marcelino García.
4. *Las raíces del espíritu*, Mario Angel Marrodán.
5. *Esperar no es un sueño*, Manuel Pinillos.
6. *Mazorcas*, Gabriel Celaya.
7. *Amigo imaginario*, Justo Guedeja-Marrón.
8. *Zonas de Dios y del hombre*, Rogelio Barufalot.
9. *Elegías apasionadas*, José Albi.
10. *Mensaje al hombre*, Félix Buñsán Citores.
11. *Poemas en forma de...*, Manuel Pacheco.
12. *Nudo de luz bajo tu rostro*, Henri de Lescoet.
13. *Juan es la voz*, Alberto Barasonin.
14. *Noche de Dios, alba del hombre*, Antonio Alamo Salazar.
15. *Amante amigo*, Rafael Millán.
16. *Sólo por amor*, Armando Rojo León.
17. *La diosa de Ilice*, Lorenzo Guardiola.
18. *La orilla de Euridice*, Jaime Rollán Ortiz.
19. *Cai viva*, Juan Cervera Sanchis.
20. *Sonetos de ambos mundos*, Roque Nieto.
21. *Siglo veinte*, Juan José Cajide.
22. *Presencia del recuerdo*, Carlos Urueña.
23. *Travesía del hombre*, Fr. José Amable Sánchez Torres, O. P.
24. *Los poemas del pavor y la piedad*, Ramón González Alegre.
25. *Furia de raíces*, Rafael Melero.
26. *Lo contemplado*, Augusto Fernández Quiñones.
27. *Ambitos de entonces*, Diego Jesús J.
28. *Con la muerte al hombro*, Lázaro S.
29. *De aquí al olvido*, Alberto Boneo.
30. *Corriente y mollente*, Isaac Olliva.
31. *El secreto de los árboles*, Jesús Delgado Valhondo.
32. *Es de noche*, Marciano Sadornil.
33. *El asedio*, Juan José Cuadros.
34. *La trébede*, José M.^a Fernández Nieto.
35. *Patria sin mí*, Dora de Boneo.
36. *Ins'antes*, Andrés Quintanilla Buey.
37. *El mar cercano*, José Canul.
38. *Elegía aullada*, Félix Casanova de Ayala.
39. *Silencio encendido*, Francisco G. Morán.
40. *Huellas*, Fr. Luis Vázquez.
41. *Silencio trasfigurado*, Henri de Lescoet.
42. *Pentágono*, Felipe Stampa.
43. *Carta a Jean Paul Sartre*, Valentin Bleye.
44. *Rueda del girasol*, Jesús Castañón.
45. *Ajimez a mi mundo*, Antonio Linage.
46. *Siete cartas de juventud y una elegía*, Enrique Molina Campos.
47. *La selva en esta orilla*, Andrés Mirón.
48. *La estampa*, Francisco Sitja Príncipe.
49. *Metopas*, Aurelio Cuadrado.
50. *Oraciones al Dios difícil*, José M.^a Osuna.
51. *Hombre siempre*, Juan José Cajide.
52. *Poemas del Atlántico*, Félix Duarte Pérez.
53. *La mar de tu verano*, J. Federico Rollán.
54. *Confesión*, Nicolás Fontanillas.
55. *Tres autorretratos*, Carmelo Duarte.
56. *Atónito morir*, Caracé Hernández.
57. *Tiempos y solos*, Alvaro Cornide Ferrant.
58. *Vocación de mar*, Joaquín Galán.
59. *Ahí está*, Federico Sánchez Escribano.
60. *Piñeta blanca*, Jesús Castañón.
61. *Tierra de los conejos*, Jacinto Herrero.
62. *Romancero de Quito*, A. Darío Lara.
63. *Atis Tirma*, José Quintana S.
64. *Llevanza*, Carlos Alfonso.
65. *La luna del emigrante*, Jesús Mauleón.

ULPGC. Biblioteca Universitaria



782745

BIG 860-1 SOS pal